

LA SOLIDARIDAD COMO GRAN SALUD

Andrea Díaz Genis

Depto. de Historia y Filosofía de la Educación

"Me puse a mí mismo en mis manos y me sané yo a mí mismo: la condición de ello - cualquier fisiólogo lo concederá- es estar sano en el fondo. Un ser típicamente enfermizo no puede sanar, aun menos sanarse él a sí mismo; para un ser típicamente sano, en cambio, el estar enfermo puede constituir incluso un enérgico estimulante para vivir, para más vivir. Así es como de hecho se me presenta ahora aquel largo período de enfermedad, por así decirlo, descubrí de nuevo la vida, y a mí mismo incluido, saboree todas las cosas buenas e incluso cosas pequeñas como no es fácil que otros puedan saborearlas, - convertí mi voluntad de salud, de vida, en mi filosofía...Pues préstese atención a esto: los años de mi vitalidad más baja fueron los años que *dejé de ser* pesimista: el instinto de autoreestablecimiento me *prohibió* una filosofía de la pobreza y del desaliento...¿ Y en qué se reconoce en el fondo una buena constitución? En que el hombre bien constituido hace bien a nuestros sentidos, en que está tallado de una madera que es, a la vez, dura, suave y olorosa. A él le gusta sólo lo que le resulta saludable; su agrado, su placer, cesan cuando se ha rebasado la medida de lo saludable. Adivina remedios curativos contra los daños, saca ventaja de las contrariedades; lo que no lo mata lo hace más fuerte" (Nietzsche, 1971: 28, las cursivas no son mías)

Nietzsche apuesta a "*la gran salud*" como dice en *La Gaya ciencia*, una salud que tiene que ver integralmente con la posición del ser humano frente a la vida, con un ser (el superhombre) eminentemente afirmador de su destino, que ama su *destino (amor fati)*, que lo enfrenta y pide "*da capo*", que se vuelva a repetir, que es libre ante *lo necesario*, pues es capaz de decirle *que sí al eterno retorno de todas las cosas*, incluyendo su vida, con lo bueno y lo malo que ella comporta. La *gran salud*, no la pequeña. Pues quien sabe si tener siempre salud- si es que esto es posible, desde el punto de vista físico y mental -, no es

algo negativo que nos planta frente al cómodo sofá de la vida, mientras la miramos pasar por la ventana de nuestra casa. La *gran salud*, eso es lo que le importa a Nietzsche. El hombre que fue capaz de combatir (filosóficamente hablando), el pesimismo schopenhaueriano, y no renunciar a la voluntad de vivir, a la voluntad afirmadora de la vida, a pesar de que toda su vida fue un gran sufrimiento físico y espiritual (basta leer cualquier biografía de Nietzsche para comprobarlo). Puede comprenderlo aquel que se ha enfrentado con situaciones límites, que ha vivido la muerte de seres queridos, una enfermedad grave, o que vive simplemente con *sensibilidad*, la cotidiana presencia del drama humano del dolor, la pobreza, la enfermedad y la muerte, y a pesar de eso con Nietzsche, no niega la vida, sino que la afirma en todas sus circunstancias. Que conoce como Albert Camus, el absurdo que implica vivir, pero aún así le dice *sí* a la vida. El absurdo que podemos reconocer fácilmente hoy día, en el hecho de que un pequeño porcentaje de la humanidad usufructúe, desgaste y despilfarre la mayor parte de la riqueza de todos, mientras una aplastante mayoría vive bajo condiciones de pobreza. El absurdo de una lucha terrorista contra el terrorismo, que impone bajo su ley, el poder que se arroga a sí mismo una cierta comunidad financiera que roba y aniquila a seres humanos con el pretexto de defenderlos de no sé que clase de calamidades. La dictadura de una globalización en favor de los más ricos, y de un desconocimiento de la gran masa pobre, y desprotegida, etc.

Pero nosotros queremos relacionar esta *gran salud* de la que nos habla Nietzsche con el tema de la solidaridad, que es tema de este encuentro. ¿Pero qué entendemos por solidaridad? Partimos para conceptualizarla (y ya no definirla estrictamente), de la relación esencial de la que hablaba Martín Buber entre *un yo y un tú*. Para el autor de *¿Qué es el hombre?*, lo primordial de la existencia del ser humano, que siempre es la existencia del hombre con el hombre, es esta relación esencial. Mediante la relación esencial se rompe los límites del ser individual, y surge un nuevo fenómeno en donde aparece la presencia del *otro* y no su representación. No el mero sentimiento sino en lo

hondo de la sustancia, en lo recóndito del propio ser, se experimenta lo recóndito de otro ser, una coparticipación de hecho, no meramente psíquica sino óptica. Para Buber esta experiencia tan honda, si bien es propia del ser humano, no es común. Sólo se experimenta por una especie de gracia, y muchos nunca llegan a tener noticia de tal cosa. Pero aun cuando no se sienta su falta, con o sin conciencia, determina el género y la índole de la existencia. Muchos disipan este material precioso, viven sin vivir su vida. En este contexto de ideas, son el amor y la amistad relaciones esenciales. Nosotros agregaríamos la solidaridad. Quien no siente esa relación esencial con un tú, que es otro, pero que de alguna manera, es otro que reconozco en mí, no puede ser solidario. Para Buber la verdadera relación sólo se da entre personas reales, y puede ser tan fuerte como la muerte, y es más fuerte que la soledad, rompe con la soledad. Al tú corresponde el nosotros, el hombre que es objeto de mi solicitud (como ocurre en Heidegger) no es un tú, sino un él o ella. La multitud sin cara en la que estoy sumergido, no es el nosotros, sino el “se”. El nosotros encierra el tú en potencia, y sólo los hombres capaces de hablarse realmente de tú, pueden llegar al nosotros. Según Buber, no conocemos en la historia, ni en la actualidad muchos casos del nosotros esencial. Lo que nos redime del “se” es la verdadera unión con el otro. Nosotros agregamos, que sólo esta verdadera relación con el otro me puede llevar a ser solidario. Y hablamos de una solidaridad profunda, en que un yo se encuentra con un tú en una relación intercambiable (es decir, bilateral). Si podemos sentirnos interpelado por el sufrimiento del otro, y reconociéndolo, ser solidario con él, lo hacemos a partir del reconocimiento del propio sufrimiento, que es en definitiva el sufrimiento humano. Si podemos ser solidarios con la alegría del otro, es porque lo reconocemos en nuestra alegría, que es la alegría humana. *La gran salud*, es ahora para nosotros no sólo una afirmación de la vida, a pesar del sufrimiento, sino también *una afirmación de esta relación esencial que nos permite ser solidarios con el otro*. Si no queremos al otro, si no podemos conectarnos con la situación del otro, ya no como otro totalmente distinto a nosotros, sino

diferente, es decir, si no podemos conectarnos con la alteridad del otro, y a partir de allí, con nuestra alteridad, no podemos ser solidarios. La solidaridad implica el reconocimiento racional-afectivo del otro que hay en nosotros. No como mismidad, sino como alteridad que nos pertenece. Como dice Antonio Machado, "*más busca en espejo al otro, al otro que va contigo*". El sufrimiento y la alegría del otro, son también nuestro sufrimiento y nuestra alegría. La solidaridad con el otro, esta relación esencial entre un yo y un tú, o esta relación entre nosotros que me permite estar y ser con el otro, o sea ser solidario, nos descubre ante el otro, también como seres necesitados. No sólo ayudamos, sino que nos ayudamos, aportamos a esa *gran salud*, a través de la solidaridad. Ser solidario es estar con el otro en una relación esencial, no superflua, pero también igualitaria, en la que reconozco en el otro, *al otro que hay en nosotros*. Quienes han pasado por situaciones límites, como lo puede ser una enfermedad grave, sabe cuánto aporta a la gran salud (aunque también a la pequeña), la solidaridad. El enfermo, el enfermo grave está cuestionado en su humanidad, ante la certeza, ya no teórica, sino existencial de la posibilidad de no vivir, se pregunta que sentido tiene la vida, quién es él, qué es la muerte, en definitiva, se plantea las grandes preguntas filosóficas de la humanidad toda. Qué quiero vivir, cómo he de vivir, en este *instante*, el único que me es dado, el único existente. Sabe con Kierkegaard¹, y Nietzsche, aunque por diferentes motivos, que sólo *el instante es eterno*, que solo existe este presente, este aquí y ahora. Pero lo que aporta a la gran salud, es precisamente el saber, el tener la certeza concreta, que en este aquí ahora, su sufrimiento lo acerca a un tú que le corresponde, que siente con él, que piensa con él porque se le acerca solidariamente. Que tiene una relación *desde dentro* con su sufrimiento, que es capaz de conectarse con su propio sufrimiento para tenderle esa mano solidaria. Ese acercamiento no es superficial, no es aleatorio, no es contingente, es esencial. Por este acercamiento el hombre, el ser humano se convierte en ser humano, y agradece ser hombre.

¹ Véase Kierkegaard, 1946 *El concepto de la angustia* y 1976, *La repetición*

Todo esto nos recuerda el episodio de *Alicia en el país del espejo*², donde Lewis Carrol cuenta que el unicornio se encuentra con Alicia, en el contexto en que ambos creen que el otro es un *animal fabuloso*, tanto la niña para el unicornio, como el unicornio para la niña, hasta que hablan, se comunican desde una condición de igualdad, y deciden creer uno en el otro. Cuando podemos dejar de ver al otro, siguiendo la metáfora de Carrol, como animal fabuloso, es decir, como otro totalmente distinto³, distante, o incluso como nuestro enemigo, cuando podemos llegar a verlo como un tú, es que realmente podemos relacionarnos con el otro, y ser solidarios. En la distancia, en la ajenidad, en el no- reconocimiento del otro como otro (no absolutamente otro), y lo que implica concomitantemente, el desconocimiento del otro que hay en mí, o en nosotros, no podemos dar un paso a la solidaridad. Nos conectamos con el sufrimiento del otro a través de nuestro propio sufrimiento, con la alegría del otro a través de nuestra propia alegría⁴. Nos solidarizamos, solidarizándonos con nuestra propia humanidad. Esta *gran salud*, que implica la solidaridad, es algo que puede darse tanto en el ámbito individual como en el social, en esa relación entre el yo y el tú, como en el nosotros. Desde el ello o desde el "se" como dice Buber, no puede haber solidaridad. De alguna manera la solidaridad me salva, nos salva como seres humanos, nos confirma en la confianza en el hombre, nos permite creer nuevamente en el hombre. Sin solidaridad no existe humanidad posible, pues el puro interés egoísta elevado a ley universal, parafraseando Kant, implicaría la destrucción de la humanidad. El filósofo de la liberación latinoamericano podrá sentir la interpelación del otro que sufre, el

² Alianza Editorial, 1995

³ Es decir, como lo absolutamente otro en términos de Dussel. El Otro en Dussel es lo absolutamente otro, el afuera como dice Levinas. El diferente es siempre el diferente a mí, en términos comparativos. Dussel parte de un dualismo total, donde la totalidad es lo dominante y lo malo, y la otredad, la posibilidad de liberación y lo bueno. Bajo esta perspectiva, el Otro es el nuevo absoluto, pero ocurre que en términos de la realidad existente, no existe ese absolutamente otro, y menos existe ese otro no "contaminado". Ver nuestra tesis de maestría: *La Construcción de la identidad en América Latina (inérita)*, setiembre del 2001, hay un ejemplar en la Biblioteca de Humanidades.

⁴ Esto sería algo así como una aplicación a nuestra temática del círculo hermenéutico heideggeriano, sólo se pregunta por el ser, a partir de una precomprensión del ser.

pobre, según nuestra visión, siempre y cuando se pueda conectar con su propio sufrimiento, con su propia pobreza, aunque sea de otra índole⁵. *No existe algo así como la figura del liberador, y la del liberado. O nos liberamos juntos, o nada. No hay nadie que libere y otro que deba ser liberado (figuras conceptuales muy deudoras de la visión cristiana). Hay personas que pueden aportar cosas diferentes, en ese proceso conjunto, ya no digamos liberación por sus connotaciones religiosas, sino de crecimiento. Y el crecimiento es el aporte a esa gran salud, que implica la solidaridad, un verdadero encuentro con el otro. Precisamente está dado por esa apuesta a trabajar juntos, por ese encuentro en el que ambos, el yo y el tú, en situaciones intercambiables, nos hace sentir interpelados. El "entre" en la relación esencial entre el yo y el tú, o del nosotros del que habla Buber, es entre otras cosas, para nosotros, la solidaridad. Un aporte a la gran salud que implica ya no un amor al destino solamente, sino un amor al otro concreto, y al otro que hay en mí, una de las posibilidades que actualizamos al ser solidarios. Parafraseando el texto con el comenzamos esta ponencia, diríamos, *me sané a mi mismo, pues soy sano en el fondo. Si soy sano en el fondo es porque me dejé interpelar, me sentí interpelado por el otro en el sufrimiento, la alegría, y por lo tanto por el otro que hay en mí, etc. Porque reconozco en el otro, o en los otros, el otro que hay en mí, o en nosotros, me solidarizo.**

La solidaridad del gueto.

Alain Touraine⁶, habla de que la contracara de la globalización en tiempos neoliberales, es la tendencia al gueto, y esto implica a partir de nuestra temática, no otra cosa que una solidaridad entre iguales. Somos solidarios con

⁵ Sobre a la crítica que hacemos a la filosofía de la liberación propuesta por Dussel, ver, Díaz Andrea, "El otro como otro desde la perspectiva latinoamericana" en *Memorias del III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana y Crisis en América Latina*, UNA Costa Rica, Enero de 1997.

⁶ Ver bibliografía, Alain Touraine, 1997.

los del gueto, no con los de afuera de él, y esta especie de solidaridad, puede convertirse claro está en una forma de fundamentalismo⁷. Si comparten mis costumbres, o mis gustos, o mi nacionalidad, o mi color de piel, o mi preferencia sexual, etc, somos solidarios contigo. Mientras te identifiquemos como "el mismo" somos solidarios contigo. La tendencia al gueto en tiempos de globalización puede ser co-natural a un proceso de globalización sin identidad, o que no produce una identidad fuera del tipo ideal del *homoeconomicus*⁸, y corremos por ello el riesgo de caer en un fundamentalismo de la solidaridad en el gueto⁹. Podemos ser solidarios, reconocernos en un tú o en un nosotros mientras pertenezcas a nuestro gueto, fuera de él, eres un él o ella, un "se", una multitud sin rostro. Esta no es la solidaridad a la que hicimos referencia, que implica un reconocerse en una alteridad que también nos pertenece en cuanto seres humanos, idénticos y diversos (como dice Morin, la idea de diversidad humana no puede borrar la de su unidad, y la idea de su unidad, no puede borrar la de su diversidad). El otro es mi igual, precisamente porque es diferente, como yo o como nosotros. Como dice Leopoldo Zea, a la pregunta de ¿quiénes somos? contestaremos una cosa aparentemente muy simple: somos hombres y mujeres, iguales a otros hombres y mujeres, en situaciones concretas. A partir de esta perogrullada, tenemos que buscar la relación con otros seres humanos, pero esta relación será solidaria, esto implica, igualitaria en la *alteridad* y no igualitaria en la *mismidad* perfilada en el gueto. Esta solidaridad, no es la solidaridad de la *gran salud* a la que nos referíamos, sino que es consustancial a un sistema imperante que deshumaniza, y desubjetiviza, en pro de una hiperadaptación a un mercado visto como sagrado. La globalización en términos neoliberales, implica, o comporta esta tendencia al gueto que no la

⁷ Ver, bibliografía, Díaz Genis, Andrea, 2000.

⁸ Tipo humano ideal dentro del proceso de globalización neoliberal, dominado por la razón instrumental, que pretende una adaptación absoluta a la naturaleza-mercado, que implica a su vez, la desaparición del sujeto. Por más información, véase, Díaz Genis, Andrea, ibídem, 151.

⁹ Y esta puede ser una característica del gueto en general, entendido como el espacio conceptual del otro excluido, una tendencia a ser sólo solidarios con los del gueto, véase, Díaz Genis, Andrea, 1997, "Ghettos".

cuestiona. Fuera del gueto somos ellas o ellos, luchamos por la supervivencia, no somos capaces de reconocernos en el otro (aunque sí en el *mismo* del gueto) y por lo tanto de ser solidarios, no cuestionamos el sistema imperante. Simplemente vivimos en él, pero como no podemos ser humanos sin construir una identidad, sin solidaridad, la guardamos para el gueto. Esta es la solidaridad del *mismo con el mismo*, es la solidaridad que tiene su fundamental razón no en una relación esencial con un otro diferente, en el que reconozco nuestra alteridad, sino en la pertenencia a un mismo grupo, sin que tengan porque mediar razones, aunque las haya, ni sentimientos, aunque los haya (no son estos lo fundamental).

Bibliografía

Buber, Martín.

1994, *Yo y Tu*, Buenos Aires, Nueva Visión

1960 *¿Qué es el hombre?*, México FCE, Breviarios.

Camus, Albert,

1968, *El mito de Sísifo*, Madrid, Aguilar.

Díaz Genis, Andrea

1997 "El otro como otro desde la perspectiva latinoamericana", en *Memoria del III Congreso Internacional de Filosofía latinoamericana*, Costa Rica UNA.

1997: "Ghettos", en *Revista Relaciones*, nro.163, Montevideo, Uruguay.

2000: "Globalización Neoliberal, identidades y tendencia al gueto" publicado en *Filosofía Latinoamericana, Globalización y Democracia* de Rico, Alvaro y Acosta, Yamandú comp., Montevideo, Uruguay.

Nietzsche, Friedrich

1971, *Ecce Homo*, Madrid, Alianza Editorial

1989, *La Gaya Ciencia*, Caracas, Monte Ávila.

Kierkegaard, Soren

1946, *El concepto de la angustia*, Buenos Aires, México, Espasa Calpe.

1976, *La repetición*, Madrid, Guadarrama.

Touraine, Alain,

1975 *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires, FCE.